

AL BUEN CALLAR...

Cierto loro, atrevido,
por gritar ¡a la guardia! en el oído
de un gato que dormía en el salón
con el profundo sueño de un lirón,
recibió tan terrible gañafada
que la cabeza le quedó pelada.

¡Siempre de grandes males fué motivo
un imprudente grito subversivo!

LUPERCIO.

¿QUIEN MANDA?

No sé si el cuerpo en el alma,
ó si ésta, el alma, en el cuerpo;
más sé que juntos caminan
renegando al mismo tiempo.

Cual cónyuges desdichados
de caracteres adversos,
en comun hacen la vida;
pero qué vida! un infierno!

Siendo distinta su esencia,
distinto su fin y empleo,
si el uno dice: me place,
la otra responde: no quiero.

Mas nada como en amores
se ve su genial diverso
y ese pugnar de la vida
entre los dos elementos.

Si no, pongamos que el alma
arde en platónico fuego
de la belleza ideal
tras el divino concepto:

Pongamos que en sus afanes,
hallando forma al deseo,
vive en deliquios y arrobos,
más que en la tierra, en el cielo.

El va, mientras ella goza,
flaco, triste, macilento,
jurando hacer de las suyas
al descuido más ligero

Ah, si los sentidos logran,
tan ingeniosos y arteros,
avasallar su albedrío,
adormecerla un momento!

Abrense paso en tumulto
los apetitos y anhelos
que en la materia yacían
como un enjambre de insectos.

Y si al chocar de los vasos,
ó entre el rumor de los besos,
despierta el alma dormida,
llena de susto y recelo,
ay! al verse mancillada
se avergüenza en sus adentros,
y de los lazos maldice
con que la ataron al cuerpo.

En amorosos achaques
cómo han de hallarse de acuerdo?
Ella ya en pos de la idea;
él busca deleite ciego.

Así por el mundo pasan
en ese luchar perpetuo;
así de la tumba llegan
al insondable misterio.

Pero, al cabo, quién domina?
Quién es el rey? quién el siervo?
Es la materia la esclava?
Es el espíritu el dueño?.....

Sólo sé que al cuerpo es dable
hundir el alma en el cieno,
y que ella, por más que lucha,
no puede alzarlo hasta el cielo.

ENRIQUE R. DE SAAVEDRA.

Dialogos científicos.

INTRODUCCION.

I

—Tío de mi alma!..... Deje usted que le dé
otro abrazo!

Qué tal el viaje?

—Bien, hijo, bien. Un poco aturdido con ese
maldito silbar de la locomotora....

—Dónde tomó usted el tren?

—En Ruan. Hasta allí vine con Pedro en nues-
tro faeton. Allí me metí en un coche y ¡zas! salí
disparado como una bala hácia esta Babilonia. Qué
velocidad! Dos horas escasas para andar el camino
que antiguamente hacíamos en dos días!.... Con
decirte que ni siquiera he tenido tiempo de tomar
una taza de sopa!

—Sí?... pues voy á mandar que nos pongan
en seguida el almuerzo.

—Y harás bien, porque hace media hora que mi
estómago pega cada gruñido.....

—¿Quiére usted que bajemos al comedor, ó que
almorcemos en mi cuarto?

—No, no, en tu cuarto! así podremos charlar
sin que nadie nos estorbe; así podré tirarte de las
orejas sin que nadie te defienda.

—Por qué, tío?

—Porque con tu maldita ciencia me estás arrui-
nando.....

—Tío, no maldiga usted á la ciencia ni en bro-
ma!

—Porque so pretexto de que el señorito se va
á graduar de doctor, me ha hecho abandonar mis
terrones de Louviers para venir, al cabo de mis
años, á meterme por quince días.....

—Nada más? No le suelto á usted en un mes!

—A meterme por quince días, y da gracias que
no me vaya ántes, en este endiablado París.

—Tío, yo le prometo que no le pesará el viaje.
Verá usted qué exámenes hago!

—Como los laureles que coseches guarden pro-
porcion con el dinero que me cuestan, muy brillan-
tes deberán ser. ¿Sabes, pillastre, que en los diez
últimos meses me has gastado doce mil francos?

—Sin contar, tío Anselmo, que debo quinientos
á Mora Birolet y cerca de otro tanto á Luizard.

—Dios eterno! ¿y en qué gastas todo eso, des-
venturado?

—Ya se lo diré!

—Enrique! ¿tienes, por ventura, alguna?.....

—Sí, tío, lo confieso, tengo una querida á quien
adoro con delirio.

—Y te atreves á decírmelo con ese descaro?

—Y á mucho mas, tío mio! me atrevo á presen-
társela á usted.

—Hasta ahí podían llegar las bromas!

—Si quiere usted conocerla, subamos á mi ga-
binete.

—Cómo! en tu casa?.... Misericordia!

—Nunca nos separamos.

—A Louviers me vuelvo!

—Sin almorzar, tío? La tortilla debe estar ya
en la mesa.

Dos minutos despues, Enrique Legrand y su tío
Anselmo arremetían, tenedor en mano, á una sober-
bia tortilla de jamon, flanqueada por dos botellas
de burdeos, las cuales, á juzgar por la espesa capa
de polvo y por las telarañas de que se hallaban cu-
biertas, debían tener una edad bastante respetable.

II

—Conque, señorito, vamos á cuentas!—repone
el tío Anselmo, despues de vaciar la primera copa.

—Es verdad lo que acabas de decirme?

—Yo nunca miento, tío.

—Pues te declaro que mi bolsillo se cierra para
tí de hoy en adelante.

—No lo creo. Usted quiere demasiado á su so-
brino para llevar á cabo tan cruel resolución. Ade-
mas, cuando usted empiece á conocerla.....

—A quién?

—A ella!

—A tu?....

—Sí, cuando usted la conozca, comprenderá que
hoy mas que nunca necesita de nuestros cuidados.

—De los míos?

—De los nuestros! porque aunque usted no
quiera, voy hasta cierto punto á hacerle partícipe
de los consuelos que á manos llenas reparte ese
ángel bendito de mi vida.

—Pero este muchacho se ha vuelto loco! Enri-
que!

—Tío!

—Te prohibo que vuelvas á hablarme de esa...

—Chist! no la califique usted duramente, que
puede oírnos.

—Oírnos?

—Sí, desde la pieza contigua, desde mi gabi-
nete.

—¡Por Cristo bendito, que esto pasa de castaño
oscuro! Verás como la cojo por una oreja y la pon-
go de patitas en la calle.

Y el tío Anselmo se levanta, con la servilleta al
hombro, abre la puerta de comunicacion y entra
en la habitacion vecina seguido de su sobrino.

III

—Qué es esto?—exclama al atravesar el dintel
y al verse entre un marmagnu de libros, de má-
quinas y de instrumentos.

—Mi gabinete de estudio, tío.

—Pero esto es un museo-biblioteca!

—Pues todavía me faltan muchas cosas.

—Y dónde está esa perdida?

—Ahí la tiene usted.

—Dónde?

—En todas partes! ¿No la huele usted hasta en
la atmósfera de este gabinete? Mi querida es la
ciencia! Por ella le arruino á usted, y por ella, tío
mio, no me cerrará el bolsillo que tan generosa-
mente me ha tenido abierto hasta aquí.

—No sabes el peso que me has quitado de en-
cima!

—¿Me creía usted capaz de derretir en aras de
una Aspasia de baja estofa el dinero que usted me
mandaba para cultivar mi inteligencia?

—Cuesta arriba se me hacia, conociéndote como
te conozco; pero me lo asegurabas con tanta for-
malidad!....

—¿Me creía usted capaz de haber olvidado lo
que usted me dijo hace siete años, el día que salí
de Louviers para venir á París? No, tío mio! sus
palabras, grabadas en mi corazón con el buril de
la gratitud, no se han borrado nunca de mi memo-
ria. Entonces me dijo usted: "Enrique, yo soy un
pobre ignorante que no ha sabido en toda su vida
mas que una cosa: ganar dinero. Soy rico y no
tengo hijos; pero tu cariño filial me consuela cum-
plidamente de esta falta. Lo que tengo es tuyo.
Satisface tu pasión de aprender y gasta sin límites,
siempre que sea en tu provecho. Vete á París, y
cuenta con mi bolsillo para cuanto necesites. La
única condicion que te impongo es que vengas á
verme todos los veranos y á cerrarme los ojos cuan-
do Dios me llame á sí."

—En efecto, eso te dije.

—Pues bien, tío mio, si hoy, en vísperas de gra-
duarme de doctor, siento algun orgullo, consiste,
no en el poco saber con que haya podido enrique-
cer mi inteligencia, sino en el convencimiento de
no haber desperdiciado ni un solo franco de su di-
nero, ni un solo minuto de mi tiempo. Si he gas-
tado mucho, es porque la ciencia es una querida
antojadiza que á cada paso exige una nueva joya.
Mire usted las que hay en ese armario!

—Poder de Dios! si te digo que tu gabinete pa-
rece un museo.

—Pues aun está incompleto. En química no ten-
go mas que los aparatos indispensables para unas
pocas demostraciones, y me faltan en la parte de
física una porción de instrumentos de óptica, que
por demasiado caros no me he atrevido á comprar
sin su permiso. Entre otros un microscopio solar
y un espectroscopio.

—Pues si te hacen falta, encárgalos. ¿Y para
qué sirven esos chismes, Enrique?

—Para el estudio de los dos extremos de la es-
cala de la creacion; para examinar los infinitamen-
te pequeños y para analizar la materia constitu-
yente de los infinitamente grandes.

—Vamos, para algo de aquello que me decias en
una de tus cartas.

—En cuál?

—En aquella que empezaba: "Tío mio, vengo de
la Sorbona, donde he pasado hora y media con-
templando los infinitos seres que pueblan.... una
gota de agua!"

—Sí, fué cuando por primera vez entablé cono-
cimiento con los infusorios.